



EL PRÍNCIPE, EL CAMPESINO Y LOS DOCE GRANOS DE MAÍZ

LA HISTORIA SUCEDE EN EL REINO AMARILLO
DONDE LA RIQUEZA NO ERA DE ORO, PLATA O
PIEDRAS PRECIOSAS.

João José da Costa

EL PRÍNCIPE, EL CAMPESINO Y LOS DOCE GRANOS DE MAÍZ, por João José da Costa

Copyright reservado: FBN (Fundación de la Biblioteca Nacional de Brasil) -
MEC - Registro 582.177 - Libro 1112 - Página 403

Cuento infantil que se integra con la fantasía natural y la creatividad de niños y jóvenes, entreteniendo, educando y agregando al desarrollo del carácter, valores morales, ciudadanía, conciencia ecológica, valores familiares, cultura, conocimiento, espiritualidad, respeto por los educadores, estímulo para estudio, orden y disciplina. Libro para niños y jóvenes que disfrutan de lecturas inteligentes, sensibles, culturales, educativas y temas de realidad social. Libro con mayor contenido literario, un mejor ejercicio de lectura.

Síntesis:

El libro cuenta la historia del Reino Amarillo, un Reino donde la riqueza no era oro, plata y piedras preciosas. La riqueza estaba en la producción de maíz, producido con abundancia y calidad. El Reino fue gobernado por el Rey Eduardo y la Reina Silvia. El Reino era muy próspero, y todos vivían un buen bienestar. El Rey Eduardo era muy humano y justo y tenía la lealtad y la dedicación de todos sus súbditos. La pareja real tuvo dos hijos: la Princesa Lidia, amada por sus súbditos por su trabajo social, y el príncipe Claudio, arrogante, insensible y odiado por sus súbditos, que simplemente se divertía y no tuviera actividad útil o productiva. Con la muerte de la pareja real, el Príncipe Claudio se convierte en el nuevo Rey. Y el Reino Amarillo sufrió transformaciones terribles bajo su Reinado, y los súbditos comenzaron a saber de qué eran la pobreza y el sufrimiento. El nuevo Rey ya no alentaba la producción de la mayor riqueza del Reino, el maíz, y gastaba la riqueza acumulada en los silos. Cuando se acabó el maíz almacenado, se encontró en la pobreza. Finalmente, el nuevo Rey se vio obligado a vender el castillo a un campesino trabajador y perseverante, que hizo su fortuna plantando los doce granos de maíz recibidos como limosna alguna vez del arrogante príncipe. Este campesino compró el castillo, se casó con la Princesa Lidia, quien fue proclamada la nueva Reina del REINO AMARILLO. Y la paz y la prosperidad volvieron al Reino. Por ahora, súbdito Claudio, la historia tiene una sorpresa al final.

Dedicación

Dedico este trabajo a todos aquellos que reservan parte de sus vidas para educar a los niños de alguna manera, como una misión y la creencia de que en ellos está la esperanza de un mundo mejor.

En especial para padres, maestros y abuelos, el triángulo básico de la educación infantil.

Doy gracias a Dios por el niño que todavía permite que exista en mí.

João José da Costa

Había una vez un Reino llamado Reino Amarillo.

No había riqueza en oro, plata o piedras preciosas, como se podía encontrar en otros Reinos vecinos.

El nombre del Reino Amarillo vino de otra riqueza: el maíz.

En ningún otro Reino el maíz crecería en abundancia, calidad y cantidad como se plantó en el Reino Amarillo.

Y debido al color amarillo del maíz, el Reino recibió este nombre.

Pero había otra gran razón para la riqueza del Reino Amarillo: la dedicación al trabajo y la fidelidad de todos los campesinos súbditos del Reino.

Los campesinos cuidaban los vastos campos de maíz con gran cuidado y motivación. Eran felices, y así el Reino prosperó.

Y esto se debió al gran espíritu de humanidad y respeto por el prójimo que el Rey Eduardo y la Reina Silvia tenían por sus súbditos.

.

Reconocieron el arduo trabajo de los campesinos y trataron de pagar esta dedicación dándoles un pago justo por la producción de maíz.

Y había otra razón para esta riqueza: la naturaleza. Fue muy generoso. Las tierras eran fértiles. El sol brillaba en el Reino Amarillo todos los días y las lluvias refrescantes riegan los cultivos por la tarde. Por lo tanto, la siembra y la cosecha de maíz generalmente se pueden hacer dos veces al año.

Los campesinos vendían todos los productos al Rey Eduardo. El Rey Eduardo, a su vez, vendía maíz a los Reinos vecinos.

Con el dinero de la venta de maíz, el Rey Eduardo compraba todo lo que el Reino Amarillo no produjo en su propio Reino.

Entonces, todos los que vivían en el castillo y todos los campesinos súbditos podían encontrar en las tiendas y talleres de artesanos del Reino todo lo que necesitaban para vivir bien.

La producción fue tan grande que el Rey Eduardo mantuvo en el castillo muchos silos para almacenar los granos de maíz, que estaban protegidos de la lluvia, los vientos y los animales.

En cada cosecha, el Rey Eduardo guardaba en un cobertizo especial los mejores granos de maíz para usar como semillas.

Cuando llegaba el momento de plantar, las semillas de maíz se distribuía gratuitamente a todos los campesinos.

Varias veces a la semana, al Rey Eduardo le gustaba subir a la parte más alta de los silos y admirar la riqueza del Reino:

“Reina Silvia, ¡mira la riqueza que hemos almacenado aquí en el castillo!”. El Rey Eduardo dijo mirando desde un silo a la gran abundancia de maíz almacenado.

“¡Es verdad! ¡Y se vende y valen como granos de oro!”. La Reina Silvia respondió.

Y este ciclo se repitió todos los años. Y con cada ciclo, el Reino Amarillo celebró la cosecha y una nueva plantación con una gran fiesta.

El Rey Eduardo y la Reina Silvia tuvieron dos hijos: el príncipe Claudio y la Princesa Lidia.

La Princesa Lidia dedicó gran parte de su tiempo a las obras sociales del Reino Amarillo.

Acompañaba la construcción de escuelas y hospitales, visitaba a los campesinos y sus familias, asistía a hogares de ancianos y orfanatos.

La Princesa Lidia era muy querida por los campesinos súbditos del Reino.

Pero lo mismo no era cierto para el Príncipe Claudio.

Contrariamente al ejemplo de su hermana, el Príncipe Claudio buscó dedicar su tiempo solo a la diversión, montar a caballo y cazar a los pobres animales salvajes del Reino.

Y al Príncipe Claudio le gustaba organizar muchas fiestas en el castillo. E invitaba solo a los nobles del Reino a sus fiestas.

Cuando montaba su caballo por los campos de maíz, ordenaba a sus soldados que no permitiesen que los campesinos se acercasen. No les saludaba y no les hablaba una sola palabra.

Por lo tanto, el Príncipe Claudio vivía solo los placeres de la vida, sin ejercer ninguna actividad productiva o útil para el Reino.

¡No es de extrañar que a los campesinos en cuestión no les gustaban el Príncipe Claudio!

Y en el Reino Amarillo había un campesino joven, guapo, fuerte e inteligente. Se llamaba Ademir y era una persona muy sencilla y humilde.

Ademir tenía una pequeña área de tierra y vivía en una simple casa de troncos de árboles. Ademir se encargaba de plantar un jardín para su supervivencia y criaba algunas gallinas y cabras. Entonces, tenía varias verduras, huevos y leche para su comida.

Cuando no estaba cuidando el jardín y sus animales, Ademir se dedicaba a hacer sillas de montar, arneses, lazos, espuelas y herraduras. Se convirtió en un experto en este trabajo.

De vez en cuando, el Príncipe Claudio traía sus mejores caballos a Ademir para cambiar las herraduras, poner una nueva silla de montar o reparar el arnés.

Y en una de estas ocasiones:

“¿Cuánto te debo?”. El Príncipe Claudio preguntó después de que se hizo el trabajo.

“Señor, por todo el trabajo realizado solo cobraré tres monedas de bronce”. Ademir respondió humildemente.

“Bueno, te debo tres monedas de bronce y me debes tres monedas de bronce en impuestos. ¡Así que no te debo nada!”. El arrogante príncipe Claudio respondió.

Cada vez que el Príncipe Claudio llevaba sus caballos a Ademir para hacer un trabajo, se repetía la misma escena. Nunca le pagó a Ademir nada por sus servicios, independientemente de su estado de pobreza.

Un día, la Princesa Lidia tuvo que traer su caballo blanco favorito para que Ademir cambiara la gastada silla marrón. Y ella quería otra de color roja.

Escuchó que Ademir funcionaba muy bien con el cuero y sabía cómo colorear las sillas de montar con los colores deseados por los propietarios.

Y en este día, Ademir conoció a la Princesa Lidia por primera vez y también vio a Ademir por primera vez.

Ambos se quedaron mirándose el uno al otro durante mucho tiempo sin decir nada. Se miraron cariñosa y profundamente mientras sus corazones saltaban en su pecho de emoción.